

## 2.ª EPÍSTOLA A LOS CORINTIOS

### Capítulo 1

El apóstol escribe su segunda epístola bajo el influjo de las consolaciones de Cristo, que él experimentó cuando las pruebas que le sobrevinieron en Asia llegaron a un punto álgido. Con ánimos renovados, en el momento de escribir la carta, por las buenas nuevas que Tito trajo de Corinto, transmite estas consolaciones a los corintios, satisfecho ya con ellos, que por gracia y, en última instancia, habían sido la causa de su inspiración.

La primera carta había despertado su conciencia, restablecido el temor de Dios en sus corazones y la integridad en su camino. El corazón sufriente del apóstol fue aliviado cuando escuchó estas buenas nuevas. Los corintios, cuyo estado le había tenido bastante deprimido, fueron la causa de que mantuviera algo alejados del corazón los sentimientos que producían las consolaciones de Jesús en medio de las pruebas. ¡Qué variados y complicados son los ejercicios del que sirve a Cristo y tiene cuidado de las almas! Pero esta restauración espiritual hizo que se esfumara de Pablo la congoja y renovó el gozo de sus consolaciones, interrumpidas por las noticias de la mala conducta de estos hermanos. Más adelante, volverá a tocar este punto de sus padecimientos en Éfeso, desarrollando de manera sorprendente el poder vital por el que él vivía en Cristo.

Se dirige a todos los santos de esta región y a los de la ciudad de Corinto, la capital.

Guiado por el Espíritu Santo a escribir sobre los sentimientos aparecidos en él, pronto se sitúa en el foco de las consolaciones que venían al corazón y reconoce en ellas al Dios que las suscitaba en su atribulado y ejercitado espíritu.

Nada más emotivo que la obra del Espíritu Santo en el corazón del apóstol. La mezcla de gratitud y adoración a Dios, del gozo en las consolaciones de Cristo y del afecto por aquellos en quienes se gozaba, son de una belleza inimitable para la mente humana. Esta simplicidad y verdad no pueden por menos que destacar la excelencia y el sublime carácter de la obra divina en el corazón humano: «bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, Padre de misericordias y Dios de toda consolación, el cual nos consuela en todas nuestras tribulaciones para que nosotros podamos consolar a los que están en cualquier tribulación, por medio de la consolación con que nosotros mismos somos consolados por él [...]». El apóstol bendice a Dios por el consuelo recibido, contento de resignarse por que su participación en el sufrimiento avivara la fe de los corintios que sufrían, y les muestra la senda divinamente ordenada para lo más excelente, haciéndoles partícipes de sus propias consolaciones tan pronto como recibe el consuelo divino. Su primer pensamiento —así es como sucede con alguien que es consciente de depender de Dios y de estar en su presencia— es el de bendecirle y reconocerle como la fuente de toda consolación. El Cristo que él ha hallado en los sufrimientos y en el alivio hace volver su corazón hacia los amados miembros del cuerpo.

Observad cómo son la perversidad del corazón humano y la paciencia divina. En medio de los sufrimientos padecidos por Cristo, ellos participaban del pecado que deshonraba su nombre (un pecado desconocido para los gentiles). Pero a pesar de todo, Dios no iba a dejarlos sin el testimonio que esos sufrimientos daban sobre la veracidad de su cristianismo. Eran sufrimientos que confirmaban al apóstol que los corintios querían gozar las consolaciones cristianas, compañeras de la causa de Cristo. Es hermoso ver cómo la gracia se arrima al bien para no desprestigiarlo y concluir al fin que el mal será sin duda rectificado. Pablo permanecía cerca de Cristo, la fuente de toda energía.

Continúa presentando, de modo experimental, la doctrina del poder de la vida en Cristo<sup>1</sup>, que obtuvo su poder y desarrollo en la muerte de todo lo que es temporal, de la vida mortal y

---

<sup>1</sup> El comienzo de esta epístola presenta el poder experimental de lo que se enseña como doctrina en Romanos 5:12 hasta el capítulo 8, por lo que es sumamente instructivo en este sentido. No así Colosenses y Efesios, ya que allí el

de todo lo que nos ata a la vieja creación. Luego aborda otros puntos que le mantuvieron ocupado en la primera epístola, esta vez con un corazón desahogado y decidido que deseaba el bien de los corintios y la gloria de Dios, sin importarle lo que tuviera que sufrir.

Observemos la admirable dependencia de la obra a la que son llamados los obreros de Dios en cada circunstancia, y también sus incidentes. La primera epístola produjo en los corintios el efecto saludable que Pablo, bajo la dirección del Espíritu Santo, les había prodigado. Su conciencia despertó, y también el fervor de presentar batalla al mal según la profundidad de sus caídas. He aquí el efecto de la obra espiritual cuando la conciencia del cristiano caído ha sido realmente tocada. El corazón del apóstol puede abrirse con gozo a su completa y sincera obediencia. Mientras, él mismo había pasado por pruebas terribles hasta que perdió la esperanza de vivir, pero llegó a ser capaz de comprender, por la gracia, el poder de esa vida en Cristo, quien obtuvo la victoria sobre la muerte, de modo que el apóstol pudo derramar abundantemente en el corazón de los corintios las consolaciones de dicha vida, que habría de levantarlos de nuevo. Hay un Dios que guía todas las cosas en el servicio hacia los santos, en el dolor que experimentan y en todo lo demás.

Vemos asimismo que no necesita empezar recordándoles, como hiciera en su primera epístola, su llamamiento y privilegios de santificados en Cristo. Prorrumpe en acciones de gracias al Dios de toda consolación. La santidad es expuesta cuando no existe entre los santos. Si ellos andan en santidad, gozan de Dios y hablan de él. La manera en que las diversas partes de la obra divina están interconectadas en el apóstol se puede constatar en los agradecidos sentimientos de su corazón. Dios le consuela en los sufrimientos; la consolación es mucha y es apropiada para consolar a otros, sea cual sea el sufrimiento en cuestión, dado que Dios es el consuelo que derrama amor y comunión en los corazones, los cuales se gozan únicamente en Cristo.

Si estaba afligido, era para el consuelo de otros cuyos sufrimientos contemplaba, de modo similar, en aquellos a los que Dios tenía en mucha estima, y para llegar a la conciencia unánime por la misma y bendita causa en la relación con Él (el corazón es tocado y recuperado por estos medios, a fin de recordarle dichos afectos). Si era consolado, aliviaba a otros con las consolaciones que gozaba en las tribulaciones. Las de los corintios eran para él un testimonio de que, por muy decaída que hubiera estado su débil moral, participaban de estas consolaciones que él mismo gozaba y conocía tan bien, y de un modo tan real, que sabía que venían de Dios y eran una señal de su favor. ¡Valiosos vínculos de la gracia! Cuán cierto es, desde nuestra diminuta luz, que los sufrimientos de quienes están en la obra reaniman, por una parte, el amor hacia ellos, y por otra tranquilizan al obrero acerca de los objetos sinceros de su afecto, presentándoselos de forma renovada en el amor cristiano. La aflicción del apóstol le ayudó a escribir a los corintios con una pena apropiada a su condición. ¡Qué fe la que se ocupaba con tanta energía del triste estado de los demás en circunstancias como las que rodeaban al apóstol! La energía la obtenía de Cristo.

Su corazón se ensancha hacia ellos. Vemos que los afectos corren libremente, como si tuvieran un gran valor. Confía en el interés que tendrán en la explicación de sus padecimientos y tiene la seguridad de que se gozarán en lo que Dios le ha dado, como él se goza en ellos como fruto de sus labores, y que sabrán reconocer quién es. Se complace en ser deudor de sus oraciones con relación a los dones que ha manifestado, pues su éxito en el evangelio ha redundado en su interés personal. Estaba en el derecho de exigirles que orasen por él, ya que había corrido su carrera con verdadera franqueza, sobre todo entre ellos, lo que le lleva a explicarles los motivos de sus acciones, de las que anteriormente no les había dicho nada, refiriéndolas a sus planes y propósitos cuando se sometía al Señor. Era siempre dueño (bajo Cristo) de sus propias acciones, pero ahora puede hablar con libertad de aquello que le hizo decidirse y que los corintios no habían estado en disposición de saber. Desea satisfacerlos, explicarles cosas para demostrarles un amor perfecto, y al mismo tiempo mantener su total

---

fruto práctico de la doctrina es la manifestación del carácter de Dios. No obstante, vemos cumplido en cierto modo lo que enseña Colosenses.

libertad en Cristo, sin sentirse en la obligación de deberles acatamiento. Él era un conserivo en la tribulación, libre de actuar así pero responsable solo ante Cristo, aunque fuera capaz de reconfortarles siempre que tuvieran la conciencia recta.

La conciencia de Pablo era libre; solamente les escribió lo que sabían y aceptaban, como al fin esperaba que aceptarían, de modo que debían regocijarse en él como él se regocijaba en ellos.

Pero ¿fueron movidos a tomar esta decisión a la ligera, desde que Pablo les informó de su intención de visitarlos yendo de camino a Macedonia —donde se encontraba en el momento de escribirles la carta—, y verlos después una segunda vez al regresar de allí? En absoluto; no se tomaron decisiones frívolas, y mucho menos carnales, que luego dejaran sin cumplir. Era el afecto de Pablo el que quería perdonarlos. No soportaba la idea de tener que ir a ver con una vara a los que él amaba. Observemos de qué manera, aun mostrando su afecto y ternura, mantiene la autoridad. Y cuando se la recuerda lo hace mostrando todo su cariño. Ellos no eran como los cretenses, a los que tuviera que reprender con rigor; pero había una moral laxa que demandaba tacto y delicadeza para que no se sintieran desanimados, y sin embargo también se precisaba autoridad y mando para no concederles el libertinaje que los hubiera hecho caer en toda suerte de caminos perversos. Enseguida vuelve a sacar la seguridad que tenía en Cristo, que forma la base del apóstol y la suya. No quería presionarlos demasiado con aquel asunto que expuso al principio. Da a conocer su autoridad como quien la podía ejercer, pero no la emplea. El fundamento del cristianismo era necesario para someter sus almas a un saludable autojuicio. Tenían demasiada disposición, a causa de las intrigas de los falsos maestros y de la costumbre de frecuentar las escuelas de filosofía, a distanciarse del apóstol y, en espíritu, también de Cristo. Pero los trae de vuelta al fundamento y a la arraigada doctrina, afines a todos quienes habían trabajado entre ellos al principio (cp 2:11).

Establece, por tanto, los principios fundamentales del gozo y la seguridad cristianos. No hablo de la sangre, la única fuente de una conciencia tranquila delante del Dios juez, sino de la manera en que somos llevados por el poder divino ante su presencia, en la posición y estado en los que somos introducidos por los consejos de su gracia. La simple seguridad se alcanza en Cristo, como ya hemos dicho. No era primero sí y luego no: el sí era siempre sí, un principio de un valor inmenso, pero para establecerlo eran necesarios el poder, la resolución e incluso la perfección y sabiduría divinas, pues asentar y afirmar lo que no era sabio ni perfecto no habría sido algo digno de Dios.

La cuestión estribaba en ver si Pablo había cambiado de propósito a la ligera. Él dice que no lo había hecho, pero abandona el pensamiento de lo que le preocupaba a título personal para hablar de lo que mantenía en vilo sus pensamientos: Cristo. Para el apóstol, de hecho, vivir era Cristo. Había un obstáculo que sortear cuando se trataba de la inmutabilidad de las promesas divinas, y es que nosotros no solemos hallarnos en disposición de obtener el provecho de las cosas inmutables con motivo de nuestra debilidad e inconstancia. Esta dificultad se resuelve exponiendo las poderosas operaciones de la gracia de Dios.

Tenemos dos aspectos: el fundamento de todas las promesas en Cristo, y el gozo, a través de nosotros, del efecto de estas promesas. No se trata meramente de decir o prometer algo, sino de no cambiar nuestras intenciones, de no incumplir lo que habíamos dicho, mantener nuestra palabra. En este caso se habían hecho unas promesas. Dios las hizo de manera incondicional a Abraham, y a Israel en el Sinaí, con la condición de obedecer. Pero en Cristo no se trata de solo promesas, sino del amén a las promesas divinas, de la seguridad y conciencia que se tienen de ellas. Sean cuales sea las promesas hechas por parte de Dios, el Sí y el Amén estaban en él, y había establecido —depositado, por llamarlo así— el cumplimiento de todas ellas en la Persona de Cristo. La vida, la gloria, la justicia y el perdón, el don del Espíritu... todo está en él y es en él que todas estas cosas son veraces: el Sí y el Amén. No tendremos de ningún modo el resultado de una promesa si no está en él. Pero eso no es todo. Los creyentes somos los objetos de estos consejos divinos, que se cumplen por medio de nosotros para su gloria.

En primera instancia, la gloria de Dios es la de Aquel que se glorifica en sus caminos de gracia soberana hacia nosotros, dado que es en ellos donde manifiesta y exhibe lo que es. El Sí y el Amén, por tanto, de las promesas divinas y su cumplimiento, a través de nosotros, para la gloria divina, están en Cristo.

¿Cómo podemos participar de ello si todo es de Cristo y está en él? Aquí es donde el Espíritu Santo presenta el segundo aspecto de los caminos de la gracia. Estamos en Cristo, pero no según la voluntad inestable del hombre y la debilidad que caracterizan a sus volubles obras. Quien nos ha establecido firmemente en Cristo es Dios mismo. La consumación de todas las promesas se hace en él. Bajo la ley y las condiciones cuyo cumplimiento dependía de la estabilidad del hombre, el resultado de la promesa nunca se alcanzaba; la cosa prometida eludía la búsqueda humana porque el hombre necesitaba encontrarse en un estado que le permitiera alcanzar la promesa por medio de la justicia, pero no era así. El cumplimiento de la promesa, pues, era siempre interrumpido y solo tendría efecto *si* (pero la *condición* nunca se cumplía y el Sí y el Amén no venía). Todo lo que Dios ha prometido está en Cristo. La segunda parte es «por medio de nosotros», hasta donde alcanzamos a disfrutarlo. Estamos firmemente establecidos por Dios en Cristo, en quien subsisten todas las promesas, de modo que tenemos la seguridad de poseer en él todo lo que nos ha sido prometido. Sin embargo, no lo disfrutamos como si lo tuviéramos a nuestro alcance.

Además, Dios nos ha ungido. Por medio de Jesús hemos recibido el Espíritu Santo. Dios se preocupó de que entendiéramos espiritualmente lo que nos ha dado de forma gratuita en Cristo. Entre otras cosas, para entender sus dones conforme a los consejos divinos. El que le ha recibido está sellado, él le ha marcado con su sello, como marcó a Cristo cuando le ungió después del bautismo de Juan. Asimismo, el Espíritu se convierte en las arras de lo que poseeremos en el futuro. Comprendemos las cosas que se nos darán en la gloria, somos sellados por Dios para disfrutarlas y tenemos las arras en el corazón, y nuestros afectos están ocupados en ellas. Fundamentados en Cristo, tenemos el Espíritu Santo que nos sella cuando creemos, para introducirnos en el gozo, desde ya, de las cosas que están en él.

## Capítulo 2

Habiendo hablado nuevamente del cuidado que su afecto manifestaba por ellos, expresa su convicción de que lo que le había causado dolor también había provocado el suyo; y esto se deduce por la manera como trataron al transgresor. Les exhorta a que reciban otra vez y consuelen al pobre nocente, que corría el peligro de no poder seguir aguantando la disciplina de la masa de los cristianos; y añade que si le perdonaban la falta, el apóstol también se la perdonaba a él. No quería que Satanás ganara ventaja alguna a través de este caso e introdujera disensión entre él y los corintios, pues conocía bien las intenciones del enemigo y qué fin perseguía con todo este asunto.

Esto le brinda la ocasión para mostrarles lo mucho que los llevaba en el corazón. Al llegar a Troas para predicar el evangelio, donde se le estaba abriendo una ancha puerta, no pudo quedarse porque no encontró a Tito; por lo tanto decidió continuar el viaje a Macedonia. Recordaréis que antes de su visita a esta región, en vez de ir y rodear las costas occidentales del archipiélago, pasando por Corinto, y después hacer la misma ruta de regreso, había enviado a Tito con su primera carta y él se dirigió por Asia Menor, siguiendo la costa oriental del mar, lo que le condujo hasta Troas, donde tenía que encontrarse con el discípulo. Pero no hallándole, y mostrando señales de preocupación por los corintios, no le hacía feliz que la obra quedara a medias y recaló al fin en Macedonia, donde esta vez sí esperaba encontrarle, como veremos a continuación. El pensamiento de abandonar Troas le afectó, pues duele perder la oportunidad de predicar a Cristo, y todavía más cuando la gente se dispone a recibirlo o a escuchar de él. Su marcha de la ciudad significó realmente la prueba del afecto que sentía por los corintios, y el apóstol recuerda estas circunstancias como la demostración válida de este afecto. Se consuela

por haber perdido esta oportunidad de evangelizar pensando que Dios, después de todo, le había guiado como en un triunfo, no que hubiera recibido muchos. El evangelio que llevaba con él, el testimonio de Cristo, era como el perfume que exhalan las drogas aromáticas en las procesiones triunfales, señal de muerte para algunos de los cautivos, y de vida para otros. Y este perfume del evangelio conservaba toda la fragancia en sus manos. El apóstol no era como algunos que adulteraban el vino que suministraban; él trabajaba con integridad cristiana delante de Dios.

### Capítulo 3

Estas palabras propiciaron la exposición del evangelio en contraste con la ley, que los falsos maestros mezclaban con las buenas nuevas. Se expone con el más emotivo llamamiento al corazón de los corintios, que se convirtieron por medio del apóstol. ¿Había de empezar a hablar de su ministerio para recomendarse otra vez, o necesitaba, como los demás, cartas de recomendación? Ellos eran su carta recomendatoria, la prueba evidente del poder de su ministerio que llevaba siempre en el corazón, dispuesto a presentarla en cada ocasión. Esto podía decirlo ahora, sintiéndose feliz por la obediencia que le mostraban. ¿Y por qué servían ellos de carta a su favor? Porque con su fe eran la viva expresión de la doctrina, la carta de recomendación de Cristo, la cual, por medio de su ministerio, escribió en las tablas del corazón el poder del Espíritu Santo, como había sido grabada la ley en tablas de piedra.

Esta era la confianza de Pablo con referencia a su ministerio; su competencia para ministrar el nuevo pacto le venía de arriba, no de la letra —ni siquiera de la letra de este pacto— sino del Espíritu, la verdadera fuerza del propósito divino que él demostraba. La letra mata, como una norma impuesta al hombre; el Espíritu vivifica, como un poder de la gracia de Dios, cuyo propósito comunicado al corazón permitía al hombre disfrutarlo. El tema de este ministerio exponía la diferencia con el ministerio de la ley. La ley, grabada sobre piedra, fue presentada con gloria, aunque era algo que tenía que servir de instrumento para la relación entre Dios y los hombres. Era un ministerio de muerte; ellos podían vivir solamente si la guardaban. Ni siquiera podía ser ordenada de otro modo que no fuera sobre este principio. Una ley debía respetarse, pero siendo el hombre pecador por naturaleza y voluntad, con deseos que la ley prohibía, esa ley solo podía significar la muerte para él: un ministerio de condenación, ya que la autoridad de Dios estaba en ella y le daba su sanción para condenar a toda alma que se atreviera a quebrantarla. Era un ministerio de muerte y de condenación porque el hombre era pecador.

La combinación de la gracia con la ley no produce ningún cambio en sus resultados, excepto que intensifica más la pena a resultas de haber agravado la culpa del que la violaba, cuando lo hacía a pesar de la bondad y la gracia divinas. Se trataba de la ley, y el hombre era llamado a cumplir con la responsabilidad bajo la que le había puesto. «Al que peque contra mí —dijo Jehová a Moisés— raeré yo de mi libro». La figura que utiliza el apóstol enseña que está hablando del segundo descenso de Moisés del Sinaí, donde este oyó proclamar el nombre del Jehová misericordioso y lleno de gracia. Su rostro no brillaba la primera vez que bajó, dado que había roto las tablas antes de entrar en el campamento. La segunda vez Dios hizo pasar toda su bondad delante de él, y el rostro de Moisés reflejaba la gloria que vio, aunque de manera parcial. Israel no podía soportar este reflejo, pues ¿cómo iba a ser posible, si Dios ha de juzgar los secretos del corazón después de todo? Aunque haya sido mostrada la gracia en la intercesión de Moisés, la exigencia legal todavía se mantenía, y cada uno tenía que sufrir las consecuencias de su propia desobediencia. Así pues, el carácter de la ley privaba a Israel de un entendimiento de la gloria que había en los mandamientos, como figura de aquello que era mejor y duradero, y todo el sistema ordenado por mano de Moisés estaba velado a sus ojos; el pueblo sucumbió a los efectos de la letra en aquella parte legal que testificaba de las cosas que se revelarían más adelante. Fue conforme a la sabiduría de Dios que así había de ser, pues de ese modo todo el

efecto de la ley, presentada para probar el corazón y la conciencia del hombre, ha podido tener un desarrollo completo.

Hay muchos cristianos que fabrican una ley sobre Cristo, y al pensar en su amor como un nuevo motivo que los obliga a amarle, lo hacen solo como obligación, cuya intensidad y medida recae en ellos y se creen destinados a satisfacer. Es decir, que están todavía bajo la ley, y en consecuencia bajo condenación.

El ministerio que el apóstol cumplía no era este, sino el ministerio de justicia y del Espíritu, que no exigía una justicia a fin de permanecer ante Dios, sino su revelación. Cristo era este tipo de justicia para nosotros. El evangelio proclamaba la justicia divina, pero no la exigía del hombre, según estipulaba la ley. El Espíritu Santo podía sellar dicha justicia y descender sobre el Cristo Hombre, porque fue perfectamente aprobado como el Justo y descendió sobre nosotros, porque somos hechos la justicia de Dios en él. Tal era el ministerio espiritual que su poder efectuaba, enviado cuando aquello que anunciaba era recibido por la fe; y juntamente con él recibieron también el entendimiento de la mente y los propósitos divinos, como eran revelados en la Persona de un Cristo glorificado, y en quien la justicia de Dios subsistía eternamente.

De esta manera vincula el apóstol por el Espíritu, con este pensamiento unánime, la mente divina en la Palabra, la gloria de Cristo que estaba oculta bajo la letra, y al propio Espíritu Santo, que además de darle su vigor revelaba esa gloria que, al morar y obrar en el creyente, le capacitaba para disfrutar. Donde estaba el Espíritu había libertad; ellos ya no se encontraban bajo el yugo legal, el temor de la muerte y la condenación. Estaban en Cristo y en paz delante de Dios, según el perfecto amor y favor que brillaron sobre él sin velo, conforme a la gracia que reina por medio de la justicia. Cuando se dice «el Señor es el Espíritu», se alude al versículo 6. El pasaje 7-16 es un paréntesis. Cristo glorificado es el verdadero pensamiento del Espíritu que Dios había escondido previamente detrás de sombras. Y aquí está el resultado práctico: ellos contemplaron al Señor con un rostro franco, esto es, sin velo. La gloria del rostro de Moisés juzgaba los pensamientos e intenciones del corazón, causando un terror amenazante a los desobedientes y los pecadores con la condenación y la muerte. ¿Quién podía permanecer en la presencia divina? Pero la gloria del rostro de Jesús, un Hombre ensalzado, es la prueba de que todos los pecados de los que le vieron son borrados, pues el que estaba allí los llevó y tuvo que quitarlos antes de ascender y poder entrar en la gloria. Nosotros contemplamos esa gloria por el Espíritu, que nos ha sido dado en virtud de la gloria a la cual ascendió Cristo. No dijo «ascenderé, y tal vez haga la expiación»; hizo la expiación y luego ascendió. Por tanto, recibimos esto con alegría y nos gozamos de considerarlo así: cada rayo que vemos es la prueba de que a los ojos de Dios no están ya nuestros pecados. Cristo se hizo pecado por nosotros y ahora está en la gloria. Contemplándola con afecto, inteligencia y deleitándonos en ella, somos cambiados a la misma imagen, de gloria en gloria, por el poder espiritual, lo que nos hace ser conscientes de estas cosas y gozarlas; en ello estriba el progreso del cristiano. Como resultado, la asamblea se transforma también en una epístola cristiana.

El paralelismo con los judíos al final del paréntesis, donde el apóstol compara entre los dos sistemas, es de lo más significativo. El velo, dice él, es quitado con Cristo. Nada queda oculto. La sustancia gloriosa es consumada. El velo sigue en el corazón de los judíos cuando leen el Antiguo Testamento, y cada vez que Moisés entraba en el tabernáculo para hablar con Dios o escucharle, tenía que apartar la cortina. Asimismo, dice el apóstol, cuando Israel se vuelva al Señor, les será quitado.

Hay una observación más que hacer. «Las cosas que permanecen» son el tema que trata el evangelio, no el ministerio que las anuncia; la gloria de la Persona de Jesucristo, la sustancia de aquello que las ordenanzas judaicas representaban solo en tipo.

El apóstol vuelve al asunto de su ministerio en relación con sus padecimientos, mostrando que esta doctrina de un Cristo victorioso sobre la muerte, recibida de veras en el corazón, nos hace vencedores ante todo su temor y frente a los sufrimientos que tienen que ver con el vaso de barro que transporta este tesoro.

Habiendo recibido este ministerio de la justicia y del Espíritu, cuyo fundamento es el Cristo glorificado y visto con el rostro descubierto, no solo habló con gran decisión, sino que además su celo no se apagó y la fe no decreció ante los problemas. Con el valor que la gracia le comunicaba con esta doctrina, no retuvo nada de ella ni la debilitó, y tampoco la corrompió, puesto que la reveló con toda la pureza y esplendor con que la había recibido. Era la palabra de Dios, y tal como la recibió, así la recibían ellos de él: inalterada. Siendo aprobado de esta manera el apóstol, se encomendaba a la conciencia de todos ante la mirada divina. No todos podían decir lo mismo. La gloria del Señor Jesús se manifestaba en la predicación de Pablo con todo el brillo e intensidad de cuando le fue revelada. Si las buenas nuevas que él anunciaba habían permanecido ocultas, no era como en el caso de Moisés; no fue la gloria del Señor únicamente revelada en Cristo con el rostro descubierto, sino que se manifestó también sin velo en la lisa y llana predicación apostólica. He aquí el vínculo establecido entre la gloria cumplida en la Persona de Cristo, como resultado de la obra redentora, y el ministerio que, por medio del poder espiritual que actuaba en el instrumento escogido por el Señor, proclamaba esa gloria al mundo y hacía a los hombres responsables de recibir la verdad y de someterse al Cristo glorioso que se anunciaba desde el cielo, quien estableció la justicia para el pecador y le invitaba a gozar del amor y de la bendición divinos.

No había otros caminos para venir a Dios. Presentarlos hubiera invalidado, declarándolo imperfecto e insuficiente, lo que Cristo ha hecho, con la intención de producir algo mejor. Pero era imposible, dado que lo que el apóstol anunciaba era poder manifestar la gloria divina en la Persona del Hijo y revelar el amor perfecto, declarar como buena la justicia divina y perfecta, de modo que la luz pura era la morada feliz de aquellos que por este medio entraban en ella. No podía haber nada más, a menos que pudiera existir algo mayor que Dios en la plenitud de su gracia y perfección. Si entonces esta revelación estaba oculta, se debía a los que estaban perdidos y cuyas mentes cegaba el dios de este siglo, para que la luz de la buena nueva de la gloria de Cristo, la imagen de Dios, no brillara en su corazón.

Esto se traduce como «el evangelio glorioso». Pero hemos visto que el hecho de que Cristo esté en la gloria y se viera la gloria divina en su rostro, era el tema principal del capítulo anterior. A esto hace alusión el apóstol como característico del evangelio que él predicaba. Era la prueba del pecado que Cristo había llevado y quitó, de la victoria sobre la muerte, de la introducción del hombre en la presencia de la gloria de Dios según los consejos eternos de Su amor. Se trataba además de la plena exhibición de la gloria divina, conforme a la gracia, en el hombre, por lo que el Espíritu Santo decide mostrárnoslo y formarnos en la misma semejanza. Fue la gloriosa administración de la justicia, y del Espíritu, la que abrió el camino para que el hombre fuera hasta Dios y entrara en el mismo lugar santísimo con plena libertad.

Cuando Cristo era así proclamado, bien se trataba de la aceptación gozosa de las buenas nuevas (una sumisión de corazón al evangelio), bien de la ceguera producida por Satanás. Pablo no se predicaba a sí mismo —lo que los demás sí hacían—, sino a Jesucristo, y era siervo de ellos a causa del Señor. Porque de hecho (y este es otro principio importante), el resplandor de este evangelio de la gloria cristiana es obra del poder divino, del mismo Dios que por medio de su sola Palabra hizo que la luz brillara de manera instantánea de las tinieblas. Él brilló en el corazón de Pablo para que presentara la luz del conocimiento de su gloria en el rostro de Jesucristo. El evangelio brilló mediante una operación divina similar a la que al principio hizo resplandecer la luz de las tinieblas con unas simples palabras. El corazón del apóstol era el vaso, la lámpara en la que esta luz se había encendido para brillar en el mundo ante la mirada de los hombres; la revelación en su corazón, por el poder del espíritu divino, de la gloria rutilante de la Persona de Cristo, a fin de que resplandeciera ante todos en el evangelio. Fue el poder de Dios el que lo efectuó, de la misma manera que la luz tuvo su causa en las palabras «sea la luz; y fue la luz».

Pero el tesoro de esta revelación de la gloria se depositó en vasos de barro para que el poder que lo sacara a la luz fuera divino solamente, no de los instrumentos. La debilidad del instrumento se hacía manifiesto en las pruebas entre las cuales Dios, por esta misma razón (aparte de muchas más), hacía circular el testimonio. Sin embargo, el poder divino se manifestó en ello del modo más extraordinario por el testimonio del vaso, que mostraba su debilidad en medio de las dificultades que asediaban la senda. El testimonio se dio, se hizo la obra y produjo un resultado, como cuando el hombre estaba derrumbado y sin recursos frente a la oposición suscitada contra la verdad.

Afligido por las tribulaciones, el vaso ya tenía su parte; no estaba en apuros, pues Dios le acompañaba. Sin medios para escapar, así se encontraba, pero no desprovisto de recursos, ya que no estaba solo. Perseguido, sí, pero no olvidado, porque Dios estaba con él. Derrumbado, también, aunque no destruido, ya que Dios caminaba a su lado. Llevando siempre en el cuerpo la muerte del Señor Jesús —hecho como él, por cuanto era reducido como hombre a la nada—, la vida de Cristo, que la muerte no podía tocar (porque había triunfado sobre ella) se manifestaba en su cuerpo mortal. Cuanto más aniquilado era el hombre natural, más evidente se hacía el poder que había allí y que no era humano. Este era el principio, pero solo se ganaba conciencia del mismo por la fe. Como siervo del Señor, Pablo comprendía la muerte de todo lo que constituía la vida humana, para que el poder fuese puramente de Dios a través del Jesús resucitado. Aparte de eso, a él le hicieron ser consciente de estas cosas las circunstancias que tuvo que padecer, dado que mientras vivía en este mundo era entregado a la muerte por causa de Jesús y manifestaba Su vida en la carne mortal. Así operaba la muerte en el apóstol. Lo que quedaba del hombre, de la naturaleza y de la vida natural desapareció para que la vida de Cristo, que crecía en su interior, obrara en los corintios por mediación de él. ¡Qué ministerio! Una prueba exhaustiva del corazón humano y un glorioso llamamiento para un hombre que había de asimilarse a Cristo y ser el vaso poderoso de Su limpia vida, mediante una completa renuncia del yo, e incluso de la propia existencia, para asemejarse moralmente a Jesús. ¡Qué posición produjo la gracia, y qué conformidad a Cristo! Y todo de un modo que despertaba en el corazón el deseo de alcanzar otros corazones —la esencia del cristianismo—, desde luego no con el ímpetu del hombre, sino con la exhibición que Dios hacía de Su fuerza en la debilidad humana.

Por tanto, así es como el apóstol podía utilizar el lenguaje del Espíritu de Cristo en los Salmos: «creí, por lo cual hablé»; es decir, «a cualquier coste, a pesar de todos los peligros y contrariedades, yo he hablado por Dios y he dado mi testimonio. Tengo la suficiente confianza en él para hablar de la verdad, por diversas que sean las circunstancias y aunque tenga que morir haciéndolo. Me he comportado como Cristo lo hizo, porque sé que el que resucitó a Jesús haría lo mismo por mí, y me llevará, como vosotros, ante su rostro en aquella gloria celestial igual a la de Cristo, por mi testimonio, para el cual he sufrido también la muerte».

Debemos distinguir claramente entre los sufrimientos de Cristo por la justicia y su obra de amor, y los sufrimientos por el pecado. Es para nosotros un privilegio compartir los primeros con él; en los últimos, subsiste sin nuestra compañía.

Dice el apóstol: «me presentará juntamente con vosotros», y añade, según el corazón y la mente de Cristo por los suyos, «porque lo padecemos por amor a vosotros, para que la gracia que se va extendiendo a través de más y más personas haga que sobreabunde la acción de gracias para gloria de Dios». Y así fue como no se dejó vencer, sino al contrario, si el hombre exterior se desgastaba, el interior se renovaba día a día. La leve tribulación, que no duraba sino un momento —así lo consideraba, teniendo en cuenta la gloria y sabiendo que se trataba del sufrimiento temporal de un pobre cuerpo moribundo—, producía en él un eterno peso de gloria que superaba las expresiones más elevadas del pensamiento humano y del lenguaje. Esta renovación había tenido lugar, y su corazón no desmayaba con lo que pudiera acontecerle porque no miraba las cosas que se ven, que son temporales, sino las que no se ven, las eternas. Por la fe crecía en su alma el poder de la vida divina junto con sus resultados, y sabía todo lo que Dios tenía que ofrecerle.



## Capítulo 5

No se debía solamente a que hubiera cosas invisibles y gloriosas. Los cristianos tenían parte en ellas. Por lo que dice el apóstol, si esta casa terrenal se deshacía —como bien cierto lo hará— (había sido casi tocado por esta experiencia), tenemos un edificio de Dios y una casa no hecha de manos y eterna en los cielos. Feliz seguridad. Él mismo la poseía. Los cristianos también la tienen porque forma parte principal de su fe. Nosotros conocemos<sup>2</sup> una realidad totalmente fiable por la fe, una certeza que hacía que esta gloria, que el apóstol sabía que era suya, fuera una esperanza tan real y práctica del poder espiritual que sentía en el corazón que le pertenecía, y de la que tenía que ser investido. Es por esta razón que gemía en su tabernáculo, no porque los deseos de la carne fueran imposibles de satisfacer, ni porque el corazón humano no supiera encontrar el placer tras llegar a satisfacerlos; tampoco se debía a las dudas de que fuera o no aceptado y que la gloria le perteneciera, sino simplemente a que el cuerpo era proclive a ahogar la vida divina y a privarle del gozo pleno de esa gloria que veía y deseaba, cuya nueva vida admiraba como propia. Esta naturaleza humana y terrenal era una carga, pero no le afligía no poder satisfacer sus deseos: su angustia consistía en que se hallaba todavía en esta naturaleza mortal, desde la que además podía ver algo mejor.

No deseaba ser desvestido, pues en Cristo glorificado veía un poder de vida capaz de engullir y eliminar todo vestigio de mortalidad. El hecho de que Cristo estuviera ensalzado en la gloria era el resultado de este poder, y al mismo tiempo la manifestación de la porción celestial que pertenecía a quienes eran de él. De este modo desea el apóstol no ser despojado, sino revestido, y que lo que era mortal fuera absorbido por la vida, a fin de que la mortalidad característica de su naturaleza humana y terrenal desapareciera ante el poder de la vida que veía en Jesús. Era tal este poder que no había necesidad de morir. Y no era una esperanza que no tuviera otro fundamento que el deseo suscitado por la perspectiva que producía la gloria. Dios había formado a los cristianos para este mismo propósito. El que era cristiano había sido creado para eso, ya está; Dios le había formado para esa gloria en la que Cristo, el postrer Adán, estaba sentado a la diestra divina. ¡Bendita seguridad! Es dichoso poder confiar en la gracia y en la obra poderosa de Dios, y un gozo inefable atribuírselo y recibir así la garantía de su amor, poder glorificarle como el amoroso benefactor y saber que todo es resultado de su proceder, que descansamos en una obra consumada. Pero aquí no se trata de descansar en una obra hecha por nosotros, sino de que seamos conscientes de que él nos ha hecho para ella. Somos hechura suya.

Era necesario algo más para que pudiéramos disfrutarlo, pues todavía no estamos glorificados. Dios nos lo ha concedido: las arras del Espíritu. Por tanto, tenemos la gloria ante nosotros, somos conformados por medio de ella y tenemos las arras espirituales hasta que lleguemos allí y sepamos que Cristo ha vencido de forma tan absoluta a la muerte que, si el tiempo se cumpliera, seríamos transformados sin pasar por ella. La mortalidad sería absorbida, tragada por la vida. He aquí nuestra porción por la gracia en el postrer Adán, y por el poder vital con el que ha sido resucitado Cristo.

A continuación, el apóstol tratará del efecto en cuanto a la porción natural del primer hombre caído, de la muerte y del juicio, dado que el testimonio aquí es muy detallado.

¿Cuál es, pues, el efecto de poseer la vida aplicado a la muerte y el juicio, los dos temores naturales en el hombre y frutos del pecado? Si nuestros cuerpos no están aún transformados, si lo que es mortal no ha sido absorbido todavía, permanecemos igualmente confiados, pues habiendo sido creados para la gloria, y siendo Cristo nuestra vida —tras manifestar el poder victorioso que le abrió el camino del cielo—, si dejáramos este tabernáculo y nos ausentásemos del cuerpo antes de ser revestidos con la gloria esta vida seguiría intacta, puesto que ha

---

<sup>2</sup> Este «nosotros conocemos» está técnicamente expresado para la porción de los cristianos, conocida por ellos como aparece aquí: «Sabemos que la ley es espiritual», «sabemos que el Hijo de Dios ha venido», etc.

triunfado en Jesús sobre todos los efectos del poder mortífero. Nos gustaría estar presentes con el Señor porque andamos por fe, no por la visión de las cosas excelentes. Preferimos por este motivo ausentarnos del cuerpo y estar presentes con él, por lo que miraremos de serle agradables, ausentes del cuerpo o presentes, para cuando vuelva a tomarnos y compartamos con él la gloria.

Esto nos lleva al segundo punto: el juicio. Todos debemos manifestarnos ante el tribunal de Cristo para recibir según lo que cada cual haya hecho en el cuerpo, sea bueno o malo. Feliz y dichoso pensamiento, además de solemne, pues si en realidad hemos comprendido la gracia, estamos en ella y sabemos que Dios es todo amor por nosotros, nos gustará estar en la luz. Es una feliz liberación encontrarse en la luz, pero una carga y un lastre cuando tenemos algo que ocultar. Aunque hubiéramos cometido muchos pecados que nadie conoce —y que tal vez no resultaría ventajoso que se supieran— pero conocemos el amor de Dios, será un consuelo que todo salga a la luz porque él está allí. Es lo obrado por la fe y para la fe, donde sea que haya una paz duradera. Estamos delante de Dios como somos, llenos de pecado, salvo en el punto en que él ha obrado dándonos vida; él es todo amor en la luz a la que somos llevados, pues es luz y se revela a sí mismo. Sin el conocimiento de la gracia, hay temor a la luz, no lo contrario, pero cuando la conocemos y sabemos que el pecado ha sido quitado, en lo que se refiere a la gloria divina, y la ofensa ya no está ante su mirada, nos satisface estar en la luz y gozarla, porque es lo que necesitamos. Sin ella, el corazón no puede colmar la vida del nuevo hombre. Su naturaleza es la de amar la luz, amar la pureza que no tolera el mal ni las tinieblas, que deja fuera todo lo que no es real. Estar en la luz y ser manifestados en ella viene a ser lo mismo, pues hace manifiestas todas las cosas.

Por fe, estamos en la luz cuando la conciencia se encuentra en presencia de Dios. Seremos conforme a la perfección de esta luz cuando comparezcamos ante el tribunal de Cristo. Dije que es algo solemne, y en verdad lo es, dado que todo será juzgado según esta luz; esto es lo que ama el corazón, porque somos luz en Cristo. Gracias sean dadas a Dios.

Cuando el cristiano sea manifestado de esta manera, esté glorificado y sea perfeccionado como Cristo, no exhibirá vestigios de la mala naturaleza con la que pecaba. Podrá echar la mirada atrás y ver el camino por el que Dios le llevó en gracia, sustentado y auxiliado, guardado de caídas, sin que retirara la mirada sobre el justo. Conocerá cómo es conocido. ¡Qué desenlace de gracia y bondad! Si miro atrás, veré que mis pecados no permanecen en mi conciencia; aunque les tengo horror, son borrados de ella y cargados en los hombros de Dios. Soy su justicia en Cristo. ¡Qué sentimiento de amor, generosidad y bondad cuando todo se manifestó ante mí! Desde luego, habrá gran ganancia en cuanto al amor y la luz cuando le rindamos cuentas y no quede en nosotros ninguna huella del mal: seremos como Cristo. Si alguien teme ser manifestado ante él, no creo que sea un alma liberada en lo que respecta a la justicia, dado que la justicia divina está en Cristo, no de forma total en la luz. No habremos de ser juzgados por nada: él ya lo ha hecho todo.

Surge en el pasaje la idea de la retribución. El apóstol no habla del juicio a las personas, porque se incluye a los santos y Cristo tomó su lugar en cuanto al ser juzgados: «ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús». No vienen, pues, a juicio, pero serán manifestados delante del tribunal y recibirán lo que hayan hecho en el cuerpo. El bien no es meritorio de nada, obtendrán aquello por lo que concibieron una cosa como buena tras ser suscitada por la gracia. Recibirán su recompensa. Lo que hayan hecho les será contado como actos propios. Si fueron negligentes en lo relativo a la gracia y al Espíritu, cuyos primeros frutos tal vez ignoraron, cargarán con las consecuencias. No se trata, en este caso, de que Dios vaya a desentenderse ni de que el Espíritu Santo deje de actuar en ellos, dependiendo de la condición en que se encuentren, pero será en su conciencia que actuará, juzgando la carne que estorbó a la persona para producir el fruto natural de Su presencia y operación en el nuevo hombre. En una palabra, el Espíritu Santo hará todo lo necesario respecto al estado del corazón, y se cumplirá el consejo perfecto de Dios con la manifestación de su paciencia, sabiduría y el

gobierno de sus caminos, la atención que él se digna dispensar a cada uno de manera individual y con amor condescendiente; cada cual tendrá el lugar que le fue preparado por el Padre.

Pero el fruto natural, y la operación del Espíritu Santo en un alma que tiene una cierta medida de luz, según las ventajas de que haya gozado —y que pudo haber manifestado con ellas—, si no se ha producido, verá entonces cuál había sido el impedimento. Se juzgará, según el dictamen divino, todo lo bueno y lo malo con solemne reverencia por todo lo que es Dios, y con adoración ferviente a causa de lo que fue por nosotros. Apreciaremos una luz perfecta. Por la aplicación de esta luz a todo el curso de nuestra vida y a Sus tratos con nosotros, conoceremos y entenderemos los caminos divinos a la perfección, gracias a los cuales seremos también capaces de reconocer de manera total, y por encima de todo, el amor soberano que habrá reinado con gracia inefable en nuestras vidas.

La majestad divina habrá sido mantenida por el juicio, al tiempo que la perfección y delicadeza de sus tratos serán el eterno recuerdo de nuestras almas. La luz sin nubes ni tinieblas de ningún tipo podrá comprenderse de forma perfecta y total, lo que significará que estaremos en ella y la disfrutaremos. La luz es Dios. ¡Qué maravilla ser manifestados así! ¡Qué amor el que, en su perfecta sabiduría y caminos con el mal, llevó a unos seres como nosotros a gozar de esta luz sin nubarrones!, seres que conocían el peso del bien y del mal —la prerrogativa de quienes Dios pudo decir «como uno de *Nosotros*»—, y que expulsados por una mala conciencia de la presencia de Dios, a quien correspondía tener este conocimiento, poseían suficiente testimonio en sus almas sobre el juicio divino para huir y tornarse miserables, negándose a acercarse al que podía ofrecerles un remedio. ¡Qué amor y sabiduría santa llevó a los tales hacia la fuente del bien y la pura felicidad!

Acerca de los malvados, tendrán que responder personalmente por sus pecados el día del juicio bajo su única responsabilidad.

Por muy grande que sea la felicidad de estar en la luz perfecta (esta felicidad es total y divina en su carácter), es del lado de la conciencia que presentamos aquí este asunto. Dios mantiene su majestad por el juicio que él ejecuta, como está escrito: en la tierra, con el gobierno del mundo; en el cielo, con un juicio final, eterno y personal. Por mi parte, creo que les será muy provechoso a las almas tener muy presente el juicio divino y el sentido de la inmutable majestad de Dios en la conciencia. Si no estuviéramos bajo la gracia, sería (debería serlo) insoportable. Pero albergar este sentimiento no contradice la gracia. Es con ella que puede mantenerse veraz, dado que ¿quién podría resistir el pensamiento, ni que fuera por un instante, de recibir aquello que hizo en el cuerpo? Nadie, excepto el que estuviera completamente ciego.

La autoridad santa de Dios confirmada por el juicio forma una parte de nuestra relación con él. Abrigar este sentimiento relacionado con el pleno disfrute de la gracia forma otra parte de nuestros afectos santos y espirituales. Hablamos del temor del Señor. En este sentido, bienaventurado el que tiene siempre temor, ya que si desaparece la convicción de que el amor de Dios descansa eterna y plenamente sobre nosotros, abandonamos el único terreno posible de relación con él, a menos que llamemos a esto perdición. Pero en el dulce y apacible entorno de la gracia, la conciencia mantiene sus derechos y autoridad contra la sutil intromisión de la carne, con el sentimiento del juicio y en virtud de una santidad que no puede dividirse del carácter divino sin negar que hay un Dios; pues si lo hay, él es santo. Este sentimiento es un refrigerio para el corazón del creyente aceptado, que le hará esforzarse en agradar al Señor a cada momento. El amor que por fuerza le lleva a sentir lo solemne que es para cualquier pecador comparecer ante él, le constreñirá a persuadir a los hombres con miras a su salvación, al tiempo que conservará su propia conciencia en la luz, y aquel que ahora anda en la luz y la refleja en su alma, no temerá el momento de aparecer en la gloria luminiscente. Tenemos que ser manifestados, pero cuando caminamos en la luz y sentimos el temor de Dios, conscientes del juicio que él hace del mal, es como si estuviéramos en su presencia. Nada puede obstruir la dulce y suave corriente de su amor. El camino consecuente de alguien así acaba justificándose al fin en la conciencia de los demás; uno es manifestado por andar en la luz.

Hay dos grandes principios prácticos del ministerio: andar en la luz, sintiendo el solemne juicio de Dios para cada uno, y la conciencia, que es pura en la luz por el sentimiento del juicio, el cual no puede, en este caso, acongojar al alma ni oscurecer su visión llevándose el amor de Dios. La conciencia impulsa el corazón a buscar con amor a los que están en peligro de ser juzgados. Esto guarda relación con la doctrina del Salvador. A través de su muerte en la cruz, su amor nos constriñe y vemos que, si uno murió por todos, es debido a que todos estaban muertos. Este era el estado universal de las almas. El apóstol las busca para que puedan vivir para Dios por medio de Cristo. Vayamos más lejos. En primer lugar, en lo que respecta a la suerte del hombre caído, la muerte es ganancia. El santo, si está ausente del cuerpo, está presente con el Señor; en cuanto al juicio, reconoce su solemnidad, pero no le hace sentirse acongojado. El creyente será como Cristo, porque él, ante el cual comparecerá, quitó todos los pecados por los que tenía que ser juzgado. El efecto es lo bastante santificador para manifestarle sin reparo en la presencia divina. Estimula su amor hacia los demás, no siendo únicamente el temor del juicio lo que le empuja a ello: el amor de Cristo le constriñe, el amor manifestado en la muerte. Esto goza de más crédito que los actos pecaminosos que provocan el juicio. Cristo murió porque todos estaban muertos. El Espíritu divino va a la fuente y origen de toda su condición, de su estado, no meramente a los frutos de una naturaleza mala; todos estábamos muertos. Vemos la misma importante enseñanza en Jn 5:24: «el que oye mi palabra y cree al que me envió tiene vida eterna; y no vendrá a condenación —en lo concerniente a los pecados—, sino que ha pasado de muerte a vida». Ha salido de todo este estado y condición, como quien estaba perdido, para entrar en uno diferente en Cristo. Este es un aspecto muy importante de la verdad, cuya distinción, ampliamente desarrollada en Romanos, la encontramos en muchos pasajes.

La obra de manifestación delante de Dios, en la luz, será cierta en la medida en que hayamos percibido esta luz. ¿No podré yo, que estoy en paz, mirar atrás antes de mi conversión, ver todos mis fracasos y adorar humildemente por todo lo que ha hecho por mí la gracia, sin temer pensar lo más mínimo en una imputación de pecado? ¿No despierta en mí un sentimiento profundo todo lo que son la gracia y el amor de Dios, que me guardan con infinita paciencia para ayudarme y restaurarme si es necesario? Este será perfectamente el caso cuando seamos manifestados, cuando conoceremos cómo somos conocidos.

Para esclarecer más esta cuestión, dada su importancia, dejadme añadir algunos comentarios. Lo que hallamos en este pasaje es la perfecta manifestación de todo lo que una persona es y ha sido delante de un trono enjuiciador, sin dudar que el individuo en cuestión sea culpable. Tampoco dudamos que cuando un malvado reciba las cosas hechas en el cuerpo será condenado. Pero no se habla de ser juzgados, porque entonces todos deberíamos estar ya condenados. La manifestación abre el corazón al ser moral para que sea capaz de juzgar el mal por sí mismo; si estuviera bajo juicio, no podría hacerlo, pero liberado de todo temor y viéndose en la luz y en el consuelo de un amor perfecto —pues donde tengamos la conciencia de pecado y su no imputación tendremos el sentimiento, aunque de forma modesta, de la perfección del amor—, también nosotros juzgamos todo de la forma que Dios lo hace, con el sentimiento de su autoridad y gobierno totalmente dignificados en el alma, y entramos en la comunión con él. Esto es de sumo e incalculable valor.

Tenemos que recordar que en nuestra comparecencia ante el tribunal de Cristo ya estaremos glorificados. Cristo habrá venido en amor perfecto para tomarnos y cambiar nuestro vil cuerpo para asemejarlo a su cuerpo de gloria. Seremos glorificados y hechos semejantes a él antes de que el juicio comience. Detengámonos un momento a considerar el tono de Pablo. ¿Acaso el pensamiento de ser manifestados suscita ansiedad o temor? De ninguna manera. El apóstol es consciente de la solemnidad de un juicio de estas características; conoce el temor del Señor y lo tiene presente. ¿Cuál es su determinación? Disponerse a persuadir a los demás que van a tener que pasar por el juicio.

Existen dos partes, por así decir, en la naturaleza y carácter divinos: la justicia, que todo lo juzga, y el amor. Para nosotros cuentan como una sola cosa, son nuestros en Cristo. Si de verdad somos conscientes de lo que Dios es, daremos a su justicia y amor el lugar que les corresponde.

Los creyentes en Cristo son la justicia que Dios, por su misma naturaleza, debe tener presente cuando comparezcan ante su trono, si quieren estar en su compañía y gozarla. El Cristo, ante cuyo tribunal estaremos, es nuestra justicia, y con su propia justicia juzga; nosotros somos esta justicia de Dios en él. Por consiguiente, este punto no puede hacer surgir ninguna duda en el alma, sino que la hace postrarse ante una gracia así y en nosotros aumenta el sentimiento de querer comprenderla, de manera que el hombre entendedor pueda eludir las solemnes y terribles consecuencias del juicio que se aproxima si se encuentra con su porción en la gracia. La otra parte esencial de la naturaleza divina, el amor, obrará en nosotros para con los demás, y, conociendo el temor del Señor, persuadiremos a los hombres. Pablo —en su conciencia contemplativa de aquel momento solemne— poseía la justicia que veía en el Juez, puesto que juzgaba con Su justicia; pero luego ruega insistentemente a otros, según la obra que le llevó cerca de Dios y a la que hace referencia (vv 13-14). Esta visión del juicio y de nuestra manifestación completa aquel día tiene hoy un efecto, por su naturaleza, en los santos, quienes la conciben por medio de la fe. Son manifestados y no temen serlo, y esto revelará los caminos divinos con ellos cuando se encuentren en la gloria; pero ahora son manifestados para Dios y su conciencia se ejercita en la luz, la cual tiene un poder santificador.

Observemos aquí la semblanza de motivos poderosos, de principios elevados e importantes, contradictorios en apariencia, pero que en vez de chocar y disgregarse se unen para abastecer de un profundo carácter al ministro cristiano y su ministerio.

En primer lugar está la gloria, que tiene tal poder de vida que quien la discierne no desea morir. Ve en dicho poder a Cristo y aquello que puede absorber cualquier cosa mortal, convencido de estar disfrutando de esta vida y consciente de poseerla, pues Dios le ha formado para ella y le ha dado las arras del Espíritu, de manera que si la muerte le sorprende no será sino una feliz ausencia del cuerpo para estar presente con el Señor.

La idea de ascender hasta Cristo produce el deseo de serle agradables. Lo presenta como el Juez que retribuirá a cada uno lo que haya hecho. He aquí el segundo motivo o principio que da forma a este ministerio. El pensamiento solemne de lo mucho que hay que temer el juicio embarga el corazón del apóstol. ¡Qué diferencia entre eso y el «edificio de Dios», que le hacía estar esperando con una total seguridad! No obstante, este pensamiento no le alarma, sino que le lleva a persuadir a otros cuando considera la grave realidad del juicio.

Un tercer principio es el amor de Cristo relacionado con la condición de quienes Pablo intentaba persuadir. Como este amor es mostrado en Su muerte, lleva el testimonio de que todos ya estaban muertos y perdidos.

Tenemos expuesta la gloria, con la seguridad personal de estar gozándola en el presente, por lo que la muerte se convierte en el medio de estar presentes con el Señor: el tribunal de Cristo y la necesidad de manifestarnos ante él, y su amor al morir (estando nosotros también muertos). ¿Cómo deben sintetizarse en el corazón pensamientos como estos y en el orden correcto? El apóstol era manifestado para Dios. He aquí el pensamiento, fruto de dicha manifestación ante ese tribunal, junto con la santificación que no producía otra cosa en él que solemnidad, ya que no tenía que venir a juicio. Se hizo imperiosa la necesidad de predicar a los demás, según el amor que Cristo había manifestado con Su muerte. La idea del tribunal no restaba la mínima seguridad a la gloria<sup>3</sup>. Su alma, en la plena luz de Dios, reflejaba lo que había en esa luz: la gloria del Cristo-hombre ascendido. Y el amor de Jesús cobraba vigor con la actividad del apóstol, dado el conocimiento que tenía del tribunal que aguarda a todos los hombres.

Qué maravillosa combinación de razones encontramos en este pasaje. Forman un ministerio caracterizado por el devenir de toda la revelación de Dios, a través del cual él actúa en el corazón y en la conciencia de los hombres. En una conciencia pura, estas cosas pueden unir sus fuerzas. Si la conciencia no fuese pura, el tribunal oscurecería la gloria, al menos en lo

---

<sup>3</sup> La verdad es que el tribunal refuerza nuestra seguridad delante de Dios, pues como él es, así somos nosotros en este mundo. Será cuando Cristo aparecerá que seremos semejantes a él.

que a uno respecta, y debilitaría el sentimiento de Su amor. Haría que estuviera ocupado de sí mismo, con relación a estas cosas. Pero cuando la conciencia es pura delante de Dios, ve un tribunal que no genera ninguna incomodidad y que tiene, por tanto, un efecto moral —razón de más para emprender un camino sobrio—, y la fuerza de la atracción ejercida sobre el hombre por el conocido amor de Jesús.

En cuanto a lo profundo de nuestras relaciones con Dios, cuando conciernen al servicio que tenemos que mostrar a los demás, el apóstol añade otra característica de su camino, que era el resultado de la muerte y resurrección de Cristo. Vivía en una esfera completamente nueva, en una nueva creación, dejando atrás, como si de otro mundo se tratara, todo lo propio de una existencia natural y carnal. La prueba de que Cristo murió por todos demostraba que todos estaban muertos; y el hecho de que muriese por todos, de forma que no vivieran para sí mismos, sino para el que murió y resucitó, está relacionado con este orden nuevo de cosas en las que Cristo existe resucitado. La muerte se sobrepone a todo lo demás. Todo queda confinado dentro de ella. Si yo vivo, lo hago en un orden nuevo, en una nueva creación, de la que él es tipo y cabeza. En lo concerniente a este mundo, Cristo está muerto. Hubiera podido ser conocido como el Mesías vivo sobre la tierra, en relación con las promesas hechas a los hombres que vivían en ella, pero el apóstol ya no le conocía de esta manera. En realidad, visto desde esta perspectiva, Cristo estaba muerto, y tras resucitar asumió un carácter nuevo y celestial.

De manera que, si alguien está en él, pertenece a esta nueva creación. No pertenece a la vieja: las cosas viejas pasaron, todas son hechas nuevas. Este sistema no es fruto de la naturaleza humana y del pecado, como todo lo que nos envuelve en la carne. Si lo observamos como un sistema que existe moralmente delante de Dios, se trata de la nueva creación, y todas las cosas son suyas. Todo lo que hallamos en ella es de Dios, del que nos ha reconciliado consigo por medio de Jesucristo. Vivimos en un orden nuevo y en un mundo y creación completamente diferentes. Los disfrutamos porque somos nuevas criaturas en Cristo, y todo lo de este mundo nuevo es suyo y se corresponde con esta nueva naturaleza. Él encomendó al apóstol un ministerio de reconciliación, según el orden de cosas que le fueron presentadas. Siendo reconciliados, y sabiéndolo por revelación divina, el apóstol anunció una reconciliación cuyo efecto podía disfrutar de inmediato.

Todo eso provenía de una verdad inmensa y todopoderosa. Con el fin de que los demás pudieran tener una parte con Él, siendo el apóstol su ministro, fue necesario que Cristo se hiciera pecado por nosotros. Una de estas verdades presenta el carácter con el que Dios se nos ha acercado; la otra, la eficacia de aquello que ya se ha cumplido para el creyente.

Aquí tenemos la primera de estas verdades en conexión con el ministerio apostólico, todo lo cual configura el tema de estos capítulos. Dios estaba en Cristo (es decir, cuando él estuvo en la tierra). No hubo espera del día del juicio. Dios había descendido en amor al mundo apartado; así era Cristo. Había tres cosas en común con esta importante verdad esencial: la reconciliación del mundo, la no imputación de transgresión y la comunicación al apóstol de la palabra de reconciliación. Como resultado trascendente de la encarnación, el apóstol asume el carácter de embajador de Cristo; por este medio exhortaba Dios en su nombre y encarecía a los hombres que se reconciliaran con Él. Su embajador actuaba de Su parte. Constituía en realidad otra verdad de infinita importancia, y era que Él había hecho, al que no lo conoció, pecado para que fuésemos su justicia. Este era el verdadero camino para reconciliarnos completamente, según la perfección de un Dios revelado que nos mostró su amor saliendo a buscarnos y ofreciéndonos a su Hijo sin mancha, sin mudanza y sin principio de pecado, pero que se volvió tal al entregarse para cumplir la voluntad divina. Quien en esta condición glorificó perfectamente a Dios, nos hizo por toda la eternidad la expresión de su justicia ante los principados y las potestades, y su deleite respecto a esta justicia. El hombre no puede presentar ninguna, pero él ha hecho de los santos en Jesús Su justicia. Es en nosotros que queda totalmente demostrada, y primero en Cristo, al ser exaltado a la diestra divina. Maravillosa verdad que, si es una realidad en nosotros, provocará

el eco de las acciones de gracias cuando consideremos a Jesús y serenará nuestro corazón cuando se incline, asombrado, para adorar y contemplar sus maravillosos actos de gracia<sup>4</sup>.

## Capítulo 6

Pablo dijo que Dios exhortaba por medio de él. En este capítulo continúa demostrando su afecto por medio del Espíritu, esa obra divina, y encarece a los corintios que no tengan por vana la gracia que les presentaba. Era el tiempo aceptable, el día de salvación<sup>5</sup>. Hablaba de los grandes principios de su ministerio y su origen. Les recuerda la manera cómo había ejercido él este ministerio en las diversas situaciones a las que fue llevado. El clímax del servicio era ser ministro de Dios y su representante. Esto hacía necesarias dos cosas: en primer lugar, que fuera hallado irreprochable en todo, y en segundo lugar que conservase el carácter divino del ministerio cuando atravesara mucha oposición y salvase los obstáculos puestos en el camino por la inquina del corazón humano y los ardides de Satanás. Tenía que evitar en todos los lugares, con su conducta, la ocasión que pudiera granjearle reproches y recriminaciones al ministerio. En todo fue un aprobado ministro de Dios, al que representaba con dignidad cuando hablaba a la gente en Su nombre, con paciencia en la persecución y en la contradicción de pecadores, irradiando una energía interna y haciendo aflorar el sentido del deber, dependiendo siempre de Dios. Esto puede sostenerse cuando somos conscientes de Su presencia y de nuestro deber hacia él. Era una cualidad que imperaba en todas las áreas de las que hablaba el apóstol y que dominaba.

Fue así que se presentó como ministro de Dios en todo lo que Él podía probarle; en pureza, gentileza, amor y como receptor de un poder, ya fuera repudiado o aclamado, ignorado por el mundo mas conocido y respetado; pisoteado por el hombre y castigado, pero victorioso y gozoso, enriqueciendo a otros y poseyéndolo todo. Aquí termina la descripción de los comienzos, del carácter y de los triunfos de un ministerio que exhibía el poder divino en un vaso débil, cuya mejor experiencia resultaba ser la muerte.

La restauración de los corintios a un estado moral acorde al evangelio, asociada a las circunstancias por las que había estado pasando el apóstol, los hizo receptivos al corazón de Pablo. Preocupado hasta este punto con el asunto de un Cristo glorioso que había cumplido la redención, era enviado como mensajero de una gracia que seguía su libre curso, y después de hablar con corazón sincero de todo lo que constaba su ministerio, vuelve lleno de afecto a sus amados corintios para mostrarles que con ellos tenía toda esta sinceridad y ensanchamiento de corazón: «nuestra boca se ha abierto a vosotros, oh corintios; nuestro corazón se ha ensanchado. No estáis estrechos en nosotros, pero sí sois estrechos en vuestras propias entrañas». Como compensación por los afectos que llenaban su corazón, les pide solamente que ensancharan también el suyo. Les hablaba como si fueran hijos. Se acuerda de esta dulce relación para exhortarlos a que permanecieran en el lugar donde Dios los había puesto: «no os unáis en yugo desigual con los incrédulos». Como controlaba sus afectos y se alegraba profundamente, ante Dios, por la gracia que los restauró a unos rectos sentimientos, su corazón queda libre para liberar gozo en el Cristo glorificado. De mente sobria, cuando tenía que dirigirse a sus amados hijos en la fe<sup>6</sup>, intenta quitarles el apego de lo que era reconociblemente carnal,

---

<sup>4</sup> Fijémonos que en el versículo 20 la palabra *vosotros* no tendría que aparecer. Era solo la manera en que el apóstol cumplía su ministerio para el mundo.

<sup>5</sup> El pasaje es una cita de Isaías 49:8, que habla de la bendición que habría de efectuarse sobre los gentiles cuando Cristo hubiera sido rechazado por los judíos y que se haría por medio de su obra y resurrección.

<sup>6</sup> Qué estado más bienaventurado el del hombre que, al ser sacado de su contemplación y llevado a una serena reflexión, es cautivado por Dios y empieza a pensar con sensatez para procurar el bien de sus hermanos y a ocuparse con amor de los miembros de Cristo. Está tan absorbido con la contemplación de Dios y la comunión con él, como lleno para poder dedicarse amorosamente a los demás.

de aquello que implicaba una relación en la que podía suscitarse la duda de si era posible para un cristiano negar la posición de un hombre que tiene su vida e intereses en la nueva creación, de la que Cristo es la cabeza gloriosa. Un ángel podía servir a Dios en este mundo; poco importaba de qué manera, siempre que fuera la divina. Pero de ahí a asociarse con los intereses mundanos y formar una alianza con quienes están gobernados por motivos que ejercen su influjo en los hombres, de tal modo que la conducta general de unos y otros mostrara los principios constitutivos de su personalidad, significaría para esos seres celestiales la pérdida de su posición y carácter. El cristiano, que tiene su porción en la gloria de Cristo, y su mundo, vida y auténticas asociaciones donde su Señor está, no debe ni tampoco puede, como tal, ponerse bajo el mismo yugo que los que solo tienen motivos mundanos para tirar del carro de la vida por una senda común.

¿Qué comunión hay entre Cristo y Belial, entre la luz y las tinieblas; entre la fe y la incredulidad; entre el templo de Dios y de los ídolos? Los cristianos son Su templo, él mora y camina entre ellos. Son un pueblo para él. En consecuencia, deben abandonar toda comunión con los que son mundanos y separarse de ellos. Deben posicionarse como cristianos, pues forman un templo divino. Han salido del mundo y están separados de él. Dios los reconoce y sostiene con ellos la relación de Padre, con los hijos e hijas que él ama.

Esta es la relación especial que Dios adopta con nosotros. Las dos anteriores revelaciones divinas con los hombres se mencionan aquí, pero también una tercera. Él se reveló a Abraham como el Altísimo; a Israel, como Jehová o Señor. Aquí, el Altísimo declara que será un Padre para los suyos, para sus hijos e hijas. Nosotros salimos del mundo —no físicamente, aún estamos en él— para poder entrar en la relación de hijos e hijas con el Dios Altísimo, y, si no fuera así, no comprenderíamos esta relación de manera práctica. Como hijos, Dios no quiere que tengamos unas relaciones mundanas, pues no hemos entrado en su relación para tener esta posición con él. Ni reconoce aquellos que permanecen identificados con el mundo mientras la mantienen; el mundo ha rechazado a su Hijo y su amistad es enemistad contra Dios, y el que se hace amigo del mundo se hace enemigo de él. En un sentido práctico, niega ser un hijo. Dios dice: «salid de en medio de ellos y apartaos, dice el Señor... y seré para vosotros por Padre, y vosotros me seréis por hijos e hijas»<sup>7</sup>. Recordemos que no se trata de salir del mundo, sino de abandonarlo para entrar en la relación de hijos e hijas y ser reconocidos por Dios.

## Capítulo 7

No es únicamente la separación, en la posición filial, lo que capta la atención del apóstol, sino también las consecuencias legítimas de tales promesas. Como hijos e hijas del Señor-Dios Altísimo, nos conviene la santidad. No se trata de que andemos separados del mundo, sino que lo hagamos en una relación con Dios para lavarnos de toda inmundicia de la carne y del espíritu; santidad en nuestro camino, como lo otro que es igual de importante en nuestra relación: unos pensamientos puros. Aunque el hombre no vea los pensamientos, la vida del Espíritu queda interrumpida en el corazón si este no se ensancha en la comunión divina. Ya es mucho si notamos Su presencia y tomamos conciencia de Su relación con nosotros. Conocemos la gracia, pero a él apenas lo conocemos, en el sentido de que la comunión es lo que le permite ir manifestándose a nosotros.

El apóstol vuelve a hablar de sus relaciones con los corintios, formadas por la palabra de su ministerio. Después de declarar en qué consistía, intenta evitar que se rompan los lazos que una vez se formaron, por medio de su ministerio, entre ellos y él, y gracias también al poder del Espíritu Santo.

---

<sup>7</sup> Dios hace presencia en la asamblea de aquellos que están separados del mundo, y camina entre ellos como hizo con Israel en el desierto cuando salieron de Egipto. Los individuos que componen la asamblea entran en la relación de hijos e hijas.



«Admitidnos: a nadie hemos agraviado». Se muestra ansioso por no herir los sentimientos de los que fueron restaurados y se hallaban otra vez con afectos renovados, gracias el apóstol, y volvían a tener una relación con Dios. «No lo digo para condenaros —añade—, pues ya he dicho antes que estáis en nuestro corazón, para morir juntos y vivir juntos. Mucha franqueza tengo con vosotros; mucho me glorío con respecto de vosotros; lleno estoy de consolación». No está descubriendo aquí los principios del ministerio, sino su corazón de ministro, todo lo que él había sentido respecto a la condición de los corintios. Cuando llegó a Macedonia —recordará el lector que no pasó antes por Corinto— tras abandonar Troas, donde no había visto a Tito (que tenía que darle la respuesta de su primera carta), la carne del apóstol no tuvo tampoco descanso. Se veía abrumado por todos los flancos: fuera había contiendas; dentro, temores. Aun así, Dios, que conforta a los que están deprimidos, le consoló con la llegada de Tito, al que había esperado ansioso; y no solo eso, sino que las noticias que este traía de Corinto también le fueron de mucho alivio. El gozo sobrepujo el dolor que sentía. Su corazón tenía que vivir y morir con ellos. Había visto los frutos morales de la operación del Espíritu y el deseo que ellos sentían, las lágrimas y el celo que tenían por él. El corazón del apóstol se vuelca nuevamente en ellos para vendarles, mediante la expresión de su afecto, todas las heridas (necesarias como fueron) que la primera carta hubiera podido causarles.

Una vez conseguido el efecto deseado, nada había más emotivo que la lucha en el corazón del apóstol entre la necesidad que él sentía —como resultado del previo estado de los corintios para tener que escribirles duramente y, en cierto modo, con una autoridad gélida—, y los afectos que parecían querer disculparse por el dolor causado. Dice él, si os he causado dolor con la carta, no me arrepiento (aunque sí lo hubiera hecho y así lo hubiese manifestado tan solo por un instante). Aunque corta, la carta les había sumido en el dolor, pero ahora se alegraba, no porque hubieran sido dolidos, sino porque sirvió para que sintieran arrepentimiento. ¡Qué solicitud y corazón para el bien de los santos! Si en su mente mostraban fervor por el apóstol, ¡desde luego él era la razón! No descansó hasta que no llegaron las noticias. Nada podía hacer desaparecer su congoja: ni las puertas abiertas ni las luchas podían quitársela. Tal vez se lamentara de haberles escrito la primera carta, temiendo haber desviado sus corazones; pero ahora, con el dolor todavía vivo por el pensamiento de que fueron agraviados, se regocija, no por haberles causado el agravio, sino porque su piadoso dolor produjo restauración.

Les escribe conforme a la energía del Espíritu Santo. Entregado a los afectos de su corazón, le vemos, en este sentido, por debajo del nivel de la energía inspiradora que dictó esa carta que los espirituales habían de reconocer como mandamiento del Señor. Cuando no recibe nuevas, su corazón se estremece al pensar en las consecuencias. Es muy interesante ver la diferencia entre la individualidad del apóstol y la inspiración. En la primera carta señalamos la distinción que él hace, entre lo que dice, como resultado de su experiencia, y los mandamientos del Señor, que él comunica. Aquí vemos la diferencia en la propia experiencia. Por un momento se olvida del carácter de su epístola y, sumido en sus afectos, teme haber perdido a los corintios con el intento de recuperarlos. La forma de expresarse demuestra que fue por un instante que este sentimiento se apoderó de su corazón, pero el hecho de que lo tenía es algo evidente en el Pablo humano e inspirado.

Ahora estaba satisfecho. La expresión de este interés profundo que siente por ellos es una parte de su ministerio y una valiosa enseñanza para nosotros. Nos enseña la manera en que el corazón comprende el ejercicio de este ministerio, la flexibilidad de la poderosa energía del amor para ganar y doblegar los corazones con la oportuna expresión de lo que sucede en el nuestro, una expresión que se manifestará, ciertamente, cuando la ocasión lo requiera, y si el corazón está lleno de afecto. Un profundo afecto gusta de darse a conocer a su objeto, y si es posible, según la verdad que este siente. La angustia lo consume, pero el corazón que siente un dolor piadoso se halla en el camino del arrepentimiento<sup>8</sup>.

---

<sup>8</sup> Un corazón noble no habla fácilmente de los sentimientos, porque piensa en los de los demás y no en los propios. No siente ningún temor cuando se presenta la ocasión de pensar en los demás, y abriga profundas intenciones tras

Expone luego los frutos de este dolor temeroso, el celo que producía contra el pecado y el rechazo santo del corazón hacia toda asociación con él. Una vez que ellos se separaron del pecado, en el plano moral, distingue a los que no eran culpables de los que sí lo eran. Se habían confundido al caminar, moralmente, en la comodidad de quienes estaban en pecado. Si se apartaban de este camino, entonces se alejarían del contacto con el mal. El apóstol muestra que era con la intención de hacerles bien que les escribía acerca de la fervorosa ocupación de sus pensamientos, mostrando delante de Dios el amor que le tenían. Por muy lamentable que hubiera sido el camino de los corintios, le había asegurado a Tito, cuando le animó a ir a la capital, que hallaría corazones que responderían a este llamamiento del afecto apostólico. El apóstol no se había llevado ninguna decepción; lo mismo que les declaró la verdad, lo que contó a Tito al respecto resultó ser también verdad, y cuando este lo vio su afecto por ellos se avivó considerablemente.

## Capítulos 8 y 9

En los siguientes capítulos el apóstol exhorta a los corintios, mientras se halla de viaje a Judea, a que dispongan una colecta para los pobres de Israel. Envía a Tito para que lo prepararan todo con buena voluntad, una disposición de la que había hablado en su viaje dándola por sentado entre estos cristianos, puesto que otros también habían tenido el estímulo de dar. Confiando en su buena voluntad, y sabiendo que habían empezado un año antes, no quería correr ningún riesgo de que sus acciones delataran lo contrario de lo que él había estado pregonando de ellos. No era cuestión de que fuese a imponer carga alguna a los corintios y a aligerar la de los que estaban en Judea, sino que los ricos habían de proveer las necesidades de los hermanos pobres a fin de que nadie tuviera falta de nada. Todas las donaciones, si había el deseo, serían aceptadas por Dios según la posibilidad de cada uno. Él ama a los donantes alegres, que segarán lo que hayan sembrado. Feliz por el resultado de su primera visita, Tito estaba listo para ir otra vez y recoger este fruto para bendición de todos. Con él fueron mensajeros de las otras iglesias con las recaudaciones y un mismo objetivo: un hermano conocido por todos y otro de aprobada diligencia, estimulados por la confianza que Pablo depositaba en los corintios. El apóstol no se hace único responsable del dinero cuando hay otros compañeros que pueden compartir esta responsabilidad, y así evita cualquier reproche que pudiera granjearse en asuntos de esta clase, cuidándose de ser honrado delante de los hombres y de Dios. No hablaba de todo ello por mandamiento, sino a causa del celo de las otras iglesias, para demostrar la sinceridad del amor que tenían.

Se recordará que fue esta colecta la que provocó todo lo que le sucedió en Jerusalén, lo que puso fin al ministerio de Pablo y le detuvo en su cometido de proseguir hasta España, y tal vez a otros lugares, y que por otro lado le llevó a escribir las Epístolas a los Efesios, a los Filipenses, a los Colosenses, a Filemón y puede que a los Hebreos. Qué poco sentido damos a las circunstancias hasta que nos vemos en ellas, momento en el que, felizmente confiados, somos llevados por Aquel que conoce el fin desde el principio y quien hace que todas las cosas salgan bien para los que le aman.

Al concluir las exhortaciones de dar según la posibilidad de cada uno, los encomienda a la generosa bondad de Dios, que era capaz de hacerles abundar en todas las cosas, de manera que pudieran verse en las circunstancias que pudieran multiplicar sus buenas obras, enriqueciéndolos con toda abundancia y despertando en los demás —aquí, por medio de los servicios del apóstol— acciones de gracias a Dios. Añade que el feliz efecto de su caridad práctica, ejercida en el nombre de Cristo, no supliría solamente la necesidad de los santos con

---

toda inclinación que los afectos pudieran sentir. El cristianismo produce nobleza en el corazón, y dada su naturaleza, son corazones llenos de una confianza que ganaba, sin haberla buscado, la influencia que su nobleza no buscaba. El apóstol mantenía este equilibrio para el bien de ellos.

la administración de la colecta en Corinto, sino que resultaría también en acciones de gracias a Dios. Los que la recibían le estaban agradecidos, porque sus benefactores habían sido llevados a confesar el nombre de Cristo y a actuar generosamente con ellos y con todos. Este pensamiento hizo que orasen con un deseo ferviente por los que proveían para sus necesidades, a causa de la gracia divina manifestada en ellos. Así pues, los vínculos de la caridad eterna se fortalecían por ambos lados y redundaba en la gloria de Dios. Gracias sean dadas a él, dice el apóstol, por su don inefable; porque sean cuales fueran los frutos de la gracia, tenemos la prueba y el poder en aquello que él ha ofrecido.

Aquí termina el asunto de la epístola propiamente dicha.

## Capítulo 10

El apóstol retoma el otro asunto que le preocupaba: las relaciones con los corintios y la verdad de su apostolado, que era puesto en tela de juicio por aquellos que los seducían y les hacían menospreciar su persona. Decían que él era débil cuando estaba presente; su predicación, desdeñable, aunque la verdad es que cuando permanecía ausente los discursos eran sobrios y las cartas jactanciosas; sin embargo, no deseaban verle. «Os ruego —dice el apóstol— por la mansedumbre y clemencia de Cristo —mostrando así un carácter realmente humilde y afable cuando estaba con ellos—, no tenga que usar de aquella osadía con que me propongo proceder resueltamente contra algunos que nos consideran como si anduviésemos según la carne». El ardor de la batalla que libraba contra el mal se fundamentaba en unas armas espirituales que echaban por tierra todo lo que se exaltaba sobre el conocimiento divino. Este es el principio con el que actuaba: intentar traer a la obediencia a todos los que querían escuchar a Dios, pero mostrarse firme con la desobediencia cuando se hubiera establecido la obediencia, a fin de que cuantos obedecieran fuesen restaurados a un orden. Un valioso principio. El poder y la guía del Espíritu operan *de facto* y con paciencia para restaurar el orden y un camino dignos de Dios, llevando al límite los reproches lanzados por la gracia hasta que los que escuchan y obedezcan voluntariamente sean finalmente restaurados. Luego tenemos la afirmación de la autoridad divina en juicio y disciplina, con el añadido de la acción apostólica a través de la conciencia, y la acción conjunta de todos los que han sido llevados a obedecer.

Vemos que hace mención de su autoridad personal como apóstol. La emplea pacientemente para poder restablecer en la obediencia y la rectitud moral a todos los que escucharan, dado que él poseía esta autoridad con el propósito de edificar, no de destruir. Preservaba así la unidad cristiana en la santidad y adornaba la autoridad apostólica con el poder de la conciencia universal de la asamblea, guiada por el Espíritu.

Luego declara que tal como dice en sus cartas, así le conocerán cuando esté presente. Contrasta la conducta de quienes subestimaban sus labores y seducían (para rebelarse contra él) a una gente que ya era cristiana, y a este efecto se dirige adonde Cristo no era todavía conocido, con la intención de llevar las almas al conocimiento de un Salvador, del que no sabían nada. También esperaba que en su visita a los corintios tuviera amplia aceptación su ministerio, porque en ellos había crecido la fe, y de esta manera podía seguir evangelizando regiones que estaban todavía en tinieblas. Pero el que se quería gloriar, que lo hiciera en el Señor.

## Capítulo 11

Celoso de sus amados corintios con un celo divino, sigue exponiendo sus argumentos relativos a los falsos maestros. Pide a los corintios fieles que le soporten un poco mientras actúa como un loco hablando de sí mismo. Los había desposado como una virgen a Cristo, y temía que ellos corrompieran sus mentes y se descarriaran de la simplicidad que hay en Él. Si los corintios habían recibido otro cristo que los maestros recién llegados les dejaron, o un espíritu o evangelio

diferente, ellos lo toleraban encantados. Pero él no había zaherido a nadie con su enseñanza, aunque lo tuvieran por el más conocido de los apóstoles. ¿Les había causado algún mal cuando se negó a recibir nada —como se jactaban de hacer aquellos maestros— y rehusó aceptar el dinero de las otras asambleas para no ser ninguna carga? Esto era algo a lo que tenía derecho, y nadie en las regiones de Acaya podía privarle de él. ¿Había declinado recibir algo de ellos porque no los amaba? Dios sabía que no era así; fue para quitarles a los falsos maestros el medio de recomendarse a sí mismos con la labor gratuita, si él recibía el dinero. Quería privarles de este derecho porque eran falsos apóstoles. De la misma manera que Satanás se transforma en ángel de luz, sus instrumentos se hacían llamar ministros de la justicia. Aun así, los corintios tenían que seguir tolerándole mientras les hablara como si estuviera loco, y si esos ministros de Satanás se hacían pasar por judíos, de la antigua religión de Dios, consagrada por su antigüedad y tradiciones, él podía hacer lo propio como hebreo de los hebreos, ya que poseía todo el derecho a gloriarse de lo que ellos se jactaban. Si la cuestión era el servicio cristiano (en el que hablaba como un loco), sin duda la comparación no caería en saco roto cuando pudiera demostrarse dónde radicaba su piedad. Aquí, de hecho, Dios permite la violación de la obra del apóstol por parte de estos mezquinos judaizantes, llamados a sí mismos cristianos, como medio para darnos a conocer las infatigables labores de Pablo, realizadas en mil y una circunstancias que nosotros desconocemos. En los Hechos, Dios nos muestra la historia del establecimiento de la asamblea sobre los grandes principios en que se asienta, y las fases por las que pasa cuando sale del judaísmo. El apóstol obtendrá su propia recompensa en el reino de gloria, y no por haber hablado de él entre los hombres. Sin embargo, no deja de ser provechoso para la fe conocer un poco esta piedad cristiana, tal como se manifestó en su vida. La locura de los corintios ha sido el medio de proveernos unos atisbos.

Problemas y peligros fuera, incesantes preocupaciones dentro, un coraje que no se arredra ante ningún peligro, y el amor por los pobres pecadores y la asamblea que nada podía enfriar. Estas breves líneas nos describen la imagen de una vida de absoluta piedad capaz de conmover el corazón más insensible. Nos hacen sentir nuestro propio egoísmo y doblar las rodillas ante Aquel que fue la fuente viva de la devoción del apóstol, inspirada por Su gloria delante de Su presencia.

## Capítulo 12

Aunque se vio obligado a hablar de sí mismo, el apóstol se gloriaba solo de sus debilidades. Era como si lo hiciera ajeno, por naturaleza, a su obra. Su vida pasa delante de sus ojos. Los corintios le obligaron a pensar en aquello que dejó atrás. Después de terminar su narración y de declarar que se gloriaba de sus debilidades únicamente, hubo una circunstancia que recordaba. Nada hay más natural y sencillo que todas estas comunicaciones. ¿Debía gloriarse de ellas? No tenía ningún sentido. Quería llegar a un punto donde un hombre, en su carne, no pudiera gloriarse. Esto venía causado por el poder soberano de Dios, que no se ofrecía a cualquiera ni los hombres podían participar de él. Habla de un hombre en Cristo, de alguien que había sido tomado al tercer cielo, al paraíso; en el cuerpo o fuera de él, no lo sabía, pero el cuerpo no participó de ello. Y de dicho hombre no quería gloriarse.

Aquello que podía llevarle a una posición elevada en la tierra, era lo que quería dejar de lado. Lo que le tomó al cielo, lo que le dio una porción del mismo y le permitía ser algo en Cristo, era su gloria, el gozo de su corazón, la porción de la que había elegido gloriarse. ¡Qué ser tan feliz cuya parte en Cristo era tal que, al pensar en ella, se contentaba con olvidar todo lo que podía exaltarle como humano! Dice en otra parte, en cuanto a la esperanza: «para ganar a Cristo». El hombre y el cuerpo no participaron de un poder que, para gustarlo, tuvieron que ser tomados al cielo, pero de este poder sí se gloriaba. Donde Dios y su gloria lo eran todo, escuchó, sin ser consciente de si seguía en el cuerpo, cosas a las que los hombres no podían acceder desde los suyos, y que no convenía que ningún mortal declarase porque no podían ser recibidas

estando en el cuerpo. Todo esto causó la más honda impresión en el apóstol y le fortaleció para el ministerio, aunque no podía presentarles a los corintios el modo de conocer y comunicar estas cosas propio de la condición natural humana.

Un sinfín de lecciones prácticas se relacionan con este maravilloso favor que se le mostró. Digo maravilloso, porque en realidad uno piensa en la envergadura que debió de tener un ministerio como el suyo, cuya fuerza y maneras de juzgar eran conclusiones a las que llegaba desde una posición como la suya. ¡Qué misión tan extraordinaria en un vaso de barro! Una vez consciente de haber vuelto a una existencia humana en la tierra, la carne del apóstol podría haberse aprovechado del favor que había gozado para sentirse exaltada y decir: «nadie ha estado en el tercer cielo excepto tú, Pablo». Estar cerca de Dios en la gloria, fuera del cuerpo, no es algo que envanezca; todo es Cristo y él es todo; el yo queda olvidado. Haber estado allí es lo que marca la diferencia. La presencia de Dios nos hace sentir nuestra vaciedad. La carne podría emplear esta expresión para hacernos decir que estuvimos allí, cuando no es así. ¿Qué es si no el hombre? Dios velaba y en su gracia proveía para los peligros de su pobre siervo. De haberlo tomado arriba a un cuarto cielo, digamos, el peligro habría aumentado. No hay manera de que cambie la carne, pero la presencia de Dios la anula. Para andar con seguridad, debe ser puesta bajo una atenta vigilancia y hemos de reconocerla muerta. Necesita ser frenada a menudo y que el corazón no se aleje de Dios, que no exista un impedimento en nuestro camino que manche el testimonio. Pablo recibió una espina en la carne para no fanfarronear con tan abundantes revelaciones recibidas. Sabemos, por la epístola a los Gálatas, que se trataba de algo que le inclinaba a ser despreciativo en sus mensajes. Un equilibrio muy inteligente para estas sorprendentes revelaciones.

Dios encargó a Satanás esta tarea, como le utilizó para humillar a Job. Por diversas que sean las gracias otorgadas, debemos pasar generalmente por los ejercicios de nuestra fe personal, en los que el corazón camina seguro bajo el freno de la carne y su absoluta nulidad, para no ser conscientes de que está actuando cuando deseamos entregarnos completamente a Dios y pensar en él según nuestra capacidad.

Tres veces pidió el apóstol al Señor —como Jesús hizo con la copa que estaba a punto de beber— que le quitara esa espina; pero la vida divina se transforma cuando nos privamos del yo y practicamos, imperfectos como somos, lo que en cuanto a la verdad consideramos, delante de Dios, nuestra posición en Cristo, y desempeñamos el servicio al que somos llamados, conscientes de la humillante deshonra de la carne que tanto nos complace gratificar. ¡Felices de nosotros si somos guardados y ahuyentamos la necesidad de ser humillados como Pedro! La diferencia está clara. En él había la confianza en sí mismo mezclada con la voluntad, pese a las advertencias que el Señor le había dado. Aunque volvemos a hablar de la carne, esta vez se trata de las revelaciones que se le hacen a Pablo. Si entendemos, en presencia de Dios, cuáles son las tendencias carnales, nos libraremos de ella tras haber comprendido lo que significa la humildad, y evitaremos ser humillados. Pero en general (y en algunos aspectos podemos decir que todos nosotros), no tenemos otra que experimentar las revelaciones que nos llevan hasta Dios, y por diferente que sea la intensidad con que lo hacen, examinar qué tipo de vaso tenemos y lo que contiene a través del dolor que nos produce su conocimiento. No digo que tengamos que experimentarlo a través de caídas.

En su gobierno, Dios sabe cómo unir el sufrimiento por Cristo y la disciplina de la carne bajo estas mismas circunstancias. Esto es lo que explica Hebreos 12:1-11. El apóstol predicaba que si él era despreciado por lo que decía, en realidad era para el Señor que sufría; sin embargo, esto mismo era una disciplina para la carne que evitaba que el apóstol se jactara de las revelaciones que disfrutaba, y del consiguiente poder con que exhibía la verdad. En el tercer cielo, en presencia de Dios, experimentó ciertamente que el hombre no era nada y Cristo lo era todo. Luego tuvo que reconocer la experiencia de eso mismo aquí abajo. La carne ha de ser anulada, si no lo ha sido ya, tras experimentar el sentido del mal que hay en ella, y uno tiene que ser consciente, desde su propia experiencia, de que no sirve para nada. ¿Qué era la carne de Pablo sino una compañera que le traía problemas en la obra y no hacía más que obstaculizarle,

alejándole de Dios? La supresión de la carne conocida y juzgada era el ejercicio más útil que pudiera hacer el corazón.

Observemos la bendita posición del apóstol, tomado al tercer cielo. Él podía gloriarse en un hombre así, ya que tenía el yo completamente anulado para las cosas con las que se relacionaba. No se gloriaba meramente de ellas, ni dice siquiera que lo hacía de sí mismo. Perdió de vista completamente el yo al disfrutar de las cosas que no podía expresar la boca del hombre cuando retornaba a su conciencia. De este hombre, él se gloriaba; pero de sí mismo, desde el prisma de la carne, no se gloria salvo de sus debilidades. Por otra parte, ¿no es humillante pensar que el que había gozado de una exaltación así debía pasar por la experiencia dolorosa de lo que es la carne, mala, despreciable y egoísta?

Veamos también la diferencia entre Cristo y cualquier otro hombre. Podía estar glorificado en la montaña con Moisés y ser reconocido por el Padre como Hijo, estar en el llano en presencia de Satanás y de la muchedumbre, y en todas estas diferentes escenas ser igual de perfecto. Hallamos perfecciones en los apóstoles que son admirables, sobre todo en Pablo; obras, como dijo Jesús, mayores que las Suyas, ejercicios de corazón y alturas vertiginosas alcanzadas por la gracia; en una palabra, un maravilloso poder desarrollado por el Espíritu Santo en este siervo extraordinario del Señor. Sin embargo, no encontramos en él la templanza que había en Cristo, el Hijo del Hombre celestial. Así como Pablo es las cuerdas que Dios tañe para producir una música solemne, Cristo es la música.

Finalmente, la humillación exigía rebajar la carne rebelde hasta que quedase anulada y Cristo la utilizara para exhibir Su poder. Una vez humillada, aprendemos a depender de él. Todo lo que es de nosotros, y lo que forma parte del yo, es un obstáculo. Las debilidades consisten en aquello de lo que uno se suelta al fin, lo que deja atrás. Cuando es consciente de ellas, el poder de Cristo se perfecciona en las mismas; esto constituye un principio general. Humanamente hablando, la cruz era débil, y la muerte es lo contrario de la fuerza humana. Aun así, allí se reveló el poder de Cristo y él cumplió la obra gloriosa de la salvación.

El asunto no es el pecado en la carne cuando hablamos de las debilidades, sino lo contrario a la fuerza humana. Cristo nunca confió en esta fuerza ni siquiera por un momento. Vivió por el Padre, que le había enviado. El poder del Espíritu Santo se manifestaba en él. Pablo necesitaba tener la carne lo más rebajada posible para que no mostrase movimiento alguno del pecado natural. Cuando la carne era reducida a lo más débil, a su verdadero estado de insignificancia, en lo que respecta al bien y de un modo evidente, Cristo podía entonces manifestar en ella Su fuerza y verdadero carácter. Que quede bien claro que este carácter es la fuerza perfeccionada en la debilidad. El bendito apóstol podía gloriarse con Cristo en el cielo de un hombre que disfrutaba de toda esa felicidad, de las maravillas que mantienen bajo llave el ego en tanto superan todo lo que somos. Mientras las gozaba, no era consciente de la existencia del cuerpo, y cuando volvió en sí lo que había oído no podía trasvasarlo con aquellas comunicaciones, de las que el cuerpo era un instrumento y los oídos el medio para entender. Se gloriaba de aquel hombre en el cielo; en cambio, aquí solo lo hacía de Cristo y de esas debilidades que propiciaron la ocasión para hacer morar en él Su poder, por tanto fue una demostración de que dicho poder venía del Hijo de Dios, quien le hizo el receptáculo de esta revelación. Llegó a comprenderlo a través de experiencias dolorosas, no obstante. La primera, con el hombre en Cristo; la segunda, con el poder cristiano velando sobre él. En cuanto a la primera, el hombre carnal no es nada; respecto a la segunda, es juzgado y vencido, convertido en lo más débil para que pueda comprender el poder cristiano manifestado dentro. El impulso y la fuente inefable del ministerio vienen de arriba. La fuerza se traduce en la humillación del hombre como es en este mundo, rebajado a lo más insignificante —su valor real en cuanto a las cosas divinas—, y Cristo revela en él esa fuerza que no podemos relacionar con la humana ni hacer que dependa de ella. Si el instrumento era débil, como ellos argumentaban, el poder que lo llevó a cabo tuvo que serlo también (no el del apóstol, el de Cristo).

Al principio de la epístola se nos mostraron las verdaderas características del ministerio en cuanto a los objetos que le proporcionaban este carácter, de modo que tenemos aquí su fuerza

y origen, relacionados con el vaso donde fue depositado el testimonio. La manera en que el ministerio se ejercía era llevando a un hombre mortal a una relación con las fuentes inefables de donde aquel provenía y con la viva, actual y eficaz energía de Cristo. Todo para que el hombre fuera capaz de ejercerlo y no obstante evitar que fuese con sus propias fuerzas, algo además imposible de lograr<sup>9</sup>. El apóstol se gloriaba de sus sufrimientos y debilidades. Había sido impelido a hablar como si estuviera loco. Los que debieron haber proclamado la excelencia de su ministerio le habían obligado a actuar así. Fue entre todos ellos que se dieron las pruebas más sorprendentes de un ministerio apostólico. Si en alguna cosa iban a la zaga de las demás iglesias, en lo que a pruebas de su apostolado se refiere, se debía a que no contribuían a su sustento. Él venía otra vez. Esta prueba era la que todavía faltaba. Iba a dar lo mejor de sí por ellos, igual que un gentil padre; cuanto más los amaba, menos iba a ser amado. ¿Se atreverían a decir que solo guardaba las apariencias porque no quería aceptar nada de ellos, y que sabía cómo compensarlo utilizando a Tito para que sí aceptara donativos? Tampoco era así. Sabían bien que este anduvo con ellos en el mismo espíritu que el apóstol. Triste tarea, cuando alguien por encima de estas mezquinas razones y formas de juzgar y sopesar las cosas tiene que descender, lleno de motivos gloriosos y divinos, hasta las que anidan en los corazones egoístas de la gente que tiene cerca, que está motivada por los mismos que mueven y gobiernan el mundo que los rodea. El amor tiene que saber soportar todo y proveer para los demás, si uno no puede pensar como ellos ni ellos como él.

¿Entonces el apóstol tomó a los corintios por jueces de su conducta? Él hablaba delante de Dios en Cristo. Solo temía que cuando llegara, hallase a los que profesaban el nombre de Cristo iguales al mundo inicuo que los rodeaba, y su preocupación era poder actuar con humildad sin tener que lamentarse por tantos que habían ya pecado y no se arrepentían de sus maldades.

## Capítulo 13

Por tercera vez venía. Todo sería probado por el testimonio de dos o tres testigos, y esta vez no iba a ser indulgente con ellos. Dice el apóstol: «esta es la tercera vez que voy a vosotros —y añado— como si estuviera presente, y ahora ausente lo digo también». Esto porque ya había estado allí una vez y tenía que haber vuelto cuando iba de camino a Macedonia; pero en esta ocasión volvía, y no a causa del estado de los corintios. Se lo había hecho saber con antelación, como si ya hubiera ido, solo que seguía estando ausente, de modo que no les mostraría indulgencia cuando los viera.

Luego pone fin a la cuestión sobre su ministerio presentándoles una idea que debió de confundirlos mucho. Si Cristo no había hablado por medio del apóstol, no moraba en ellos. Si estaba en ellos, el apóstol había de haber sido el medio de su conversión: «puesto que buscáis una prueba de que habla Cristo en mí... examinaos para ver si estáis en la fe; probaos a vosotros mismos. ¿O no os conocéis bien a vosotros mismos, que Jesucristo está en vosotros?; a menos que estéis reprobados». Esto les ofendía mucho y volvía su necedad en estúpida oposición, consternándolos y dejándoles un desdén carente de toda lógica. Qué locura dejarse llevar por

---

<sup>9</sup> Este capítulo, como conjunto, es muy sorprendente. Tenemos a los cristianos en la condición más elevada y la más baja: en el tercer cielo y en el pecado más ruin. En el primero, de un hombre en Cristo —leal en posición, si no en visión— se gloria el apóstol, y hacemos bien en gloriarnos nosotros también (esto es, de un hombre en Cristo). En cuanto a lo que él es, tiene que ser llevado hasta lo más insignificante. Sin embargo, ni gloriarse del hombre en Cristo ni ser reducido a la inexpresividad de la carne da poder alguno. La humillación es el camino hacia este poder, y después, no siendo nada, el poder de Cristo va con este hombre, vela sobre él y le da un servicio para ejercer, un lugar propio para servir con fuerza cristiana. Tenemos, pues, la identificación más elevada con el Espíritu y el fracaso más bajo en la carne, un camino que no propone evitar esto último, sino que acompaña el poder cristiano en nosotros mientras estamos en el cuerpo. Están también el sentido de la debilidad y la falta de equilibrio entre lo que somos, unos vasos terrenales, y lo que es ministrado y somos capaces de disfrutar. No se trata meramente de lo que es malo, sino del vaso terrenal que contiene el tesoro.

un pensamiento que los exaltaba. Pero al poner ellos en duda el apostolado de Pablo, echaban por tierra su propio cristianismo.

Según los principios expuestos en el capítulo anterior, desde «el cual no es débil para con vosotros» hasta el final del versículo 4, hay un paréntesis sobre el carácter de su ministerio: la debilidad y aquello que tendía al menosprecio de parte del hombre; el poder de parte de Dios, así como Cristo había sido crucificado en debilidad y resucitó por el poder divino. Si el apóstol era débil, lo era en Cristo; vivía en él por el poder de Dios para con los corintios. Sea cual fuere su caso, confiaba en que no ignorarían que no se trataba de ningún reprobado —esto es, indigno de su ministerio, pues él aquí está hablando de ministerio—, sino que harían el bien aunque lo fuera. No podía hacer nada en contra de la verdad, sino a favor de ella. Tampoco era dueño de los corintios por interés propio, pues se conformaba con ser débil para que ellos fueran fuertes; deseaba que fuesen perfectos. Escribió estando ausente, como había dicho, para que cuando estuviese presente no se viera obligado a actuar con severidad y según la autoridad que el Señor le había dado para edificar, no para destruir.

Había escrito lo que su corazón lleno y guiado por el Espíritu Santo le impulsó a decir, y lo derramó todo; agotado ahora, como quien dice, por el esfuerzo, concluye la epístola con unas frases breves: «tened gozo, perfeccionaos, animaos, sed de un mismo sentir, vivid en paz». No importa lo que suceda en adelante, esto es lo que desea para ellos, y que el Dios de amor y de paz los acompañe. Les envía este deseo y los exhorta a que se saluden unos a otros con afecto, como todos los santos, él incluido, los saludaban, rogando que la gracia del Señor Jesucristo, el amor de Dios y la comunión del Espíritu Santo estuviera con todos.